SAN CLODIO

En el margen izquierdo del río Avia, en la denominada Terra de Castela, se ubicaba el dominio del antiguo monasterio de San Clodio do Ribeiro perteneciente hoy al ayuntamiento de Leiro. Desde Ourense solo deberemos recorrer unos 35 km a través de la A-52 y la OU-504 para llegar hasta las puertas del mismo tras haber atravesado un paisaje en el que el viñedo, cuyo cultivo se extendió por toda la comarca de O Ribeiro precisamente por el interés de sus monjes, es la nota predominante.

Monasterio de San Clodio (o de Santa María)

Los orígenes del monasterio de San Clodio, como los de muchos otros de esta geografía, hunden sus raíces en la leyenda. Una historia casi mítica que los propios monjes del monasterio se encargaban de transmitir de generación en generación como un modo de autoafirmación que, además, certificase la antigüedad y prestigio de su institución. Así, en el año 1572, el historiador Ambrosio de Morales recogió, en el transcurso de su viaje por León, Galicia y Asturias, la leyenda que le contaron los monjes según la cual san Vincencio se habría aparecido a los monjes del cenobio de San Clodio de León anunciándoles la razzia de Almanzor del año 982. Estos huyeron y fundaron este monasterio en Galicia con la advocación del anterior. Al siglo VI retrotrae, en cambio, el origen del monasterio Antonio de Yepes que, en su monumental obra *Coronica de la orden de san Benito*, da el año de 554 como el de la llegada de los monjes desde San Clodio de León, de donde habrían huido debido a la persecución arriana en tiempos del rey Riquila que habría provocado el martirio del abad y de doce monjes. El resto habría huido y fundado en estas tierras de Castela una nueva casa con la advocación de su monasterio de origen.

Tras esta etapa legendaria el cenobio entra en su fase histórica que comienza en el año 928 cuando Álvaro y Sabita firman el documento de fundación de la nueva comunidad

Vista panorámica

de *fratrum, servorum et ancillarum Christi,* según reza el texto, que debía ocupar el edificio que habían construido en la entonces denominada *Villa Emeterii,* junto al río Avia. Del texto de esta carta fundacional se deduce que se trataba, como la mayoría de los de aquella época, de un monasterio familiar y dúplice. De hecho, se especifica claramente que el abad debe de ser siempre consanguíneo de los fundadores. Para la realización del culto y para poder cubrir las necesidades materiales de la comunidad se le otorgan, además del ajuar litúrgico y diversos enseres, ganado de diversas especies, la *villa Emeterii* en la que está emplazado y otras tierras que formarán el germen del dominio del monasterio.

Tras la fundación nos encontramos con un gran silencio documental solo roto en el año 1076 por la donación de la villa de Esposende por parte de Marina Moniz a San Clodio y su abad Monino. En 1105 una nueva donación añade al patrimonio monacal unas villas en Bieite.

Pero, después de la carta fundacional, el siguiente documento de gran interés para este cenobio es el denominado "testamento del abad Pelagio", del año 1158, que es realmente una especie de inventario o estado de la cuestión del monasterio como preludio a un cambio en el seno de la comunidad. Ese cambio no era otro que la introducción de la regla de San Benito, con la que San Clodio se unía al imparable proceso de benedictinización de los viejos cenobios altomedievales gallegos que se venía realizando ya desde finales del siglo XI.

El siguiente momento importante en la historia de la comunidad fue su paso a la observancia cisterciense que, según la historiografía tradicional, se produjo en el año 1225, fecha con la que aparece registrado en las tablas de Cîteaux. Recientemente, F. J. Pérez Rodríguez ha retrasado este momento hasta el siglo XV basándose en una serie de testimonios documentales. Por un lado, presenta el testimonio de un monje moderno de San Clodio que afirmó que el cambio al Cister se hizo "en tiempo del padre fr. Juan de Grigoá. Abbad que comenzó antes de 1450 años a ser abad de san Clodio de Císter". Por otro, no aparece recogido entre los elencos de monasterios cistercienses citados respectivamente por Alfonso X en 1268 y por Fernando IV en 1309. Además, todavía en el año 1406, en un documento del mismo monasterio, se dice que "é de la orden de san Bieyto", siendo la primera mención segura del Císter en San Clodio del año 1451, por lo tanto durante el abadiato de Juan de Grixoá (1447?-1488?). Es entonces cuando, de hecho, se produce el momento de verdadero esplendor de la comunidad que llegó a tener hasta una veintena de monjes. En esto San Clodio se aparta de la tendencia general del monacato gallego que, tras una época dorada en los siglos XII y XIII, se enfrentó en los dos siglos siguientes a una franca decadencia espiritual y material. Su entrada en la reforma de la Congregación de Castilla tardó en realizarse ante la férrea oposición del prior Rodrigo de San Xes (1489-1488?) siendo efectiva solo a partir del año 1536 con la confirmación del papa Pablo III.

Tras el decreto de desamortización del año 1836, los monjes fueron expulsados y los bienes del monasterio pasaron a manos del Estado destinándose las dependencias claustrales a Cuartel de la Milicia Nacional. En 1843 el Ayuntamiento de Leiro instaló en el claustro principal la escuela primaria, la cárcel y el salón de plenos, pero este uso no pudo impedir el imparable deterioro de los edificios. En 1891, sin embargo, la vida cenobítica volvió al monasterio con la llegada de una pequeña comunidad benedictina procedente de San Julián de Samos.

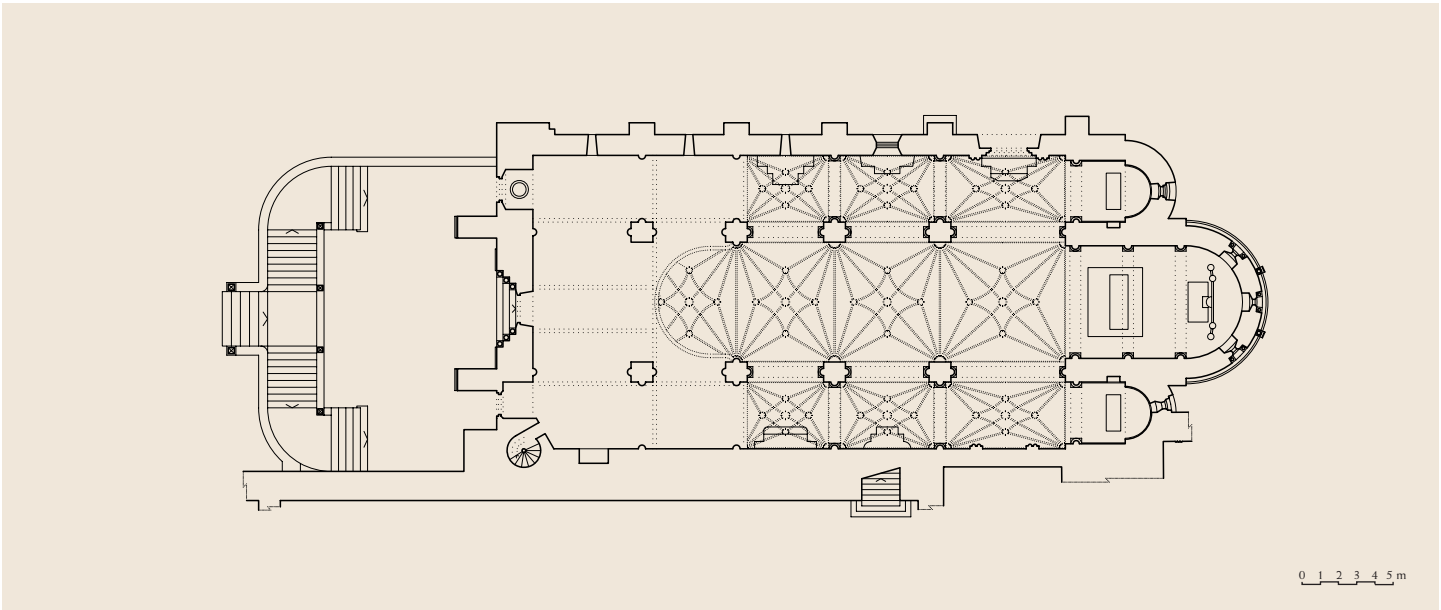
La protección institucional llegó, al menos en teoría, con la declaración como Monumento Histórico Artístico Nacional en el año 1931, aunque el deterioro de muchas de sus dependencias continuaba implacable. Hubo que esperar a los años noventa del siglo XX para que llegase la definitiva recuperación de todo el monasterio a través de un ambicioso proyecto de restauración y rehabilitación cofinanciado por la Xunta de Galicia y la cadena hotelera Hotusa que abrió en las antiguas dependencias monásticas el primer hotel-monumento gallego.

En el año 1999 comenzaron también las obras de restauración en la iglesia que empezaron por las cubiertas y bóvedas, haciendo transitable el espacio sobre ellas y permitiendo apreciar así las antiguas vigas de madera de la techumbre. Se limpiaron también los muros interiores que estaban encalados y se dotó a todo el templo de una nueva iluminación. La última intervención digna de mención se produjo en el año 2014 con el fin de restaurar las interesantes pinturas murales del siglo XVI que se conservaban tras el retablo barroco que al ser desplazado unos tres metros hacia delante permite su visita cómodamente.

La iglesia es el único testimonio que ha llegado hasta nosotros del monasterio medieval ya que todas las dependencias anexas fueron totalmente reconstruidas tras la incorporación de la comunidad a la Congregación de Castilla.

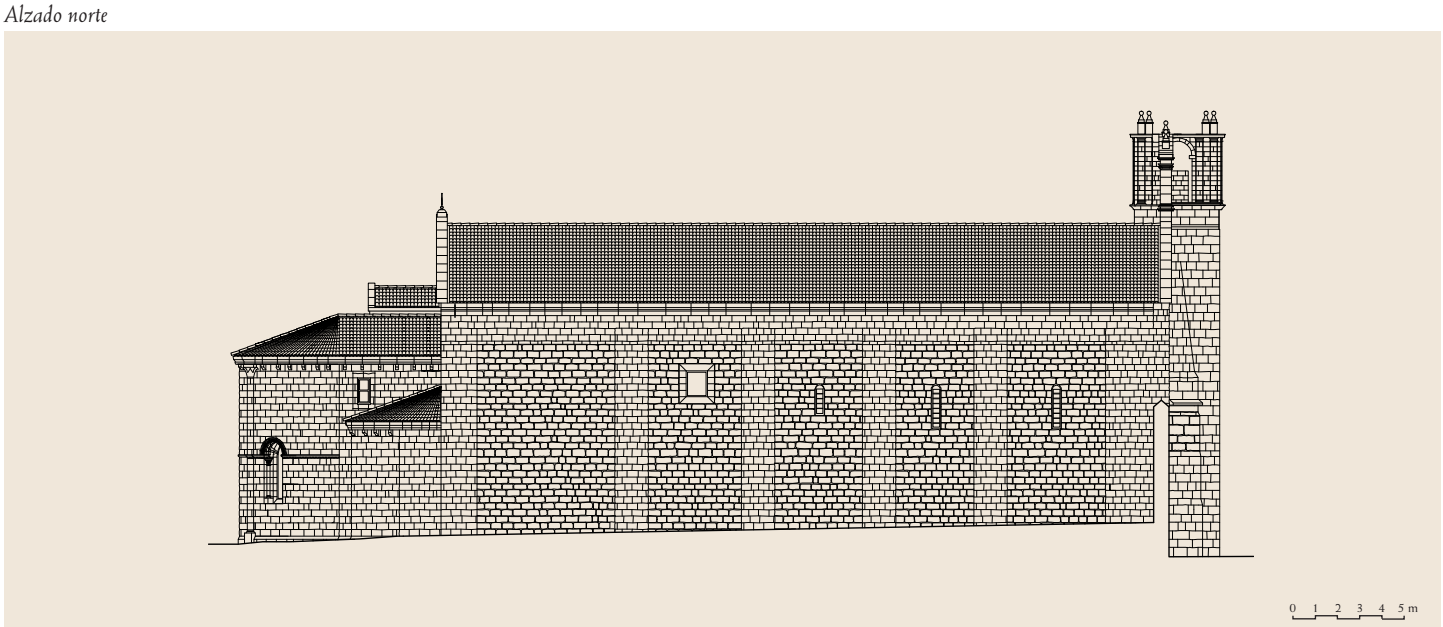
En el mismo lugar debió de haber existido una iglesia prerrománica de la que no nos queda ningún testimonio material pero sí mención documental. De hecho, ya estaba construida cuando Álvaro y Sabita otorgan la carta de fundación del monasterio, texto en el que, precisamente, tras nombrar los santos bajo cuya protección está la comunidad se afirma que *quorum basilica sita est in territorio Castelle.* A continuación, hablando del monasterio se dice claramente en pasado *quod construximus per substentationem fratrum.*

La siguiente noticia que tenemos de actividad constructiva es en la época del abad Pelagio que en el texto de su "testamento" afirma que *feci ecclesiam hanc* y que, además, *sacravi eam cum episcopo Bernaldo de Zamora.* A pesar de la pompa que se le dio a la ceremonia a la que también acudieron el arzobispo de Santiago Pedro Elías (1143-1149) y los obispos Martín de Ourense (1132-1156) y Alfonso de Tui, la intervención constructiva de este abad siempre ha sido considerada una simple restauración del edificio anterior seguramente adaptándolo a las nuevas necesidades litúrgicas y no como la construcción



Planta

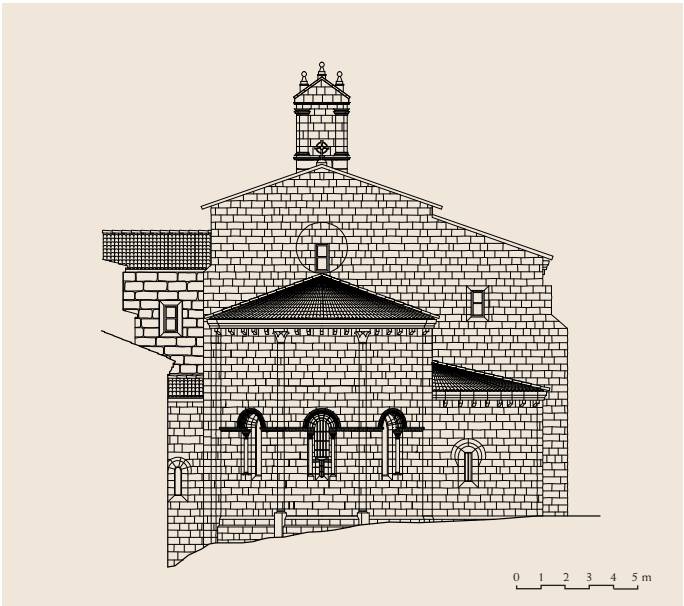
Alzado norte



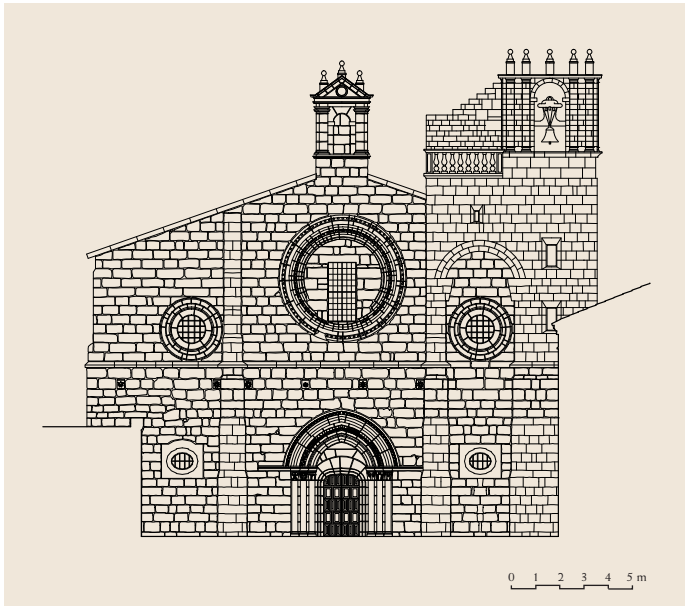
de una iglesia románica de nueva planta y, desde luego, no de la actual. Esta debió de comenzarse en las últimas décadas del siglo XII, a juzgar por sus rasgos tipológicos y estilísticos, y finalizarse en la tercera o cuarta década del XIII. De hecho, conservamos una manda testamentaria *ad opera* del mes de abril de 1227 que certifica documentalmente que en esos años todavía existía actividad constructiva en el edificio.

A pesar de las reformas sucesivas que sufrió, este ha llegado hasta nosotros prácticamente íntegro y en buen estado de conservación. Los cambios más importantes en su estructura se realizaron tras la incorporación de la casa a la Congregación de Castilla con el objeto de actualizar la estética del templo a la nueva espiritualidad moderna. Para mejorar la sonoridad del interior se decidió cubrir las naves con bóvedas de crucería estrellada. Esto supuso la modificación del sistema de contrarrestos del templo. Desaparecieron así los arcos diafragma que sostenían la antigua cubierta de madera, se recrecieron los muros exteriores y se prolongaron los contrafuertes. Se unificaron entonces también los tejados de las naves, antes a dos alturas diferentes, creando así la más práctica cubierta a dos aguas que presenta hoy la iglesia.

Para mejorar la iluminación interior de la iglesia se rasgaron las ventanas abocinadas de los ábsides y se abrieron vanos cuadrados con derrame interior en los muros del presbiterio.



Alzado este



Alzado oeste

Fue en este momento también cuando se desmontó la tracería del gran rosetón de la fachada principal y se convirtió en una ventana rectangular a la que no se le puede negar ni su practicidad ni su pésimo efecto estético al exterior. En la portada se cambió el dintel recto original por un arco carpanel y se completaron parte de las roscas de las arquivoltas, que se habían perdido, con decoración vegetal. En el primer cuarto del siglo XVII, se construyó la torre de las campanas en un estilo clasicista que también denuncia el templete que remata la fachada y que, por lo tanto, debió de ser realizado contemporáneamente.

Es esta una iglesia de planta basilical con tres naves, una tipología muy extendida en Galicia sobre todo entre las pequeñas comunidades monásticas por su escasa complicación técnica y su practicidad. Como suele ser habitual, la nave central es el doble de ancha que las laterales rematando, cada una de ellas, en un ábside en la zona oriental. Destacan estos, sobre todo en comparación con otras iglesias de la misma tipología, por su profundidad. Los absidiolos tienen, de hecho, un profundo tramo recto que en el ábside central se duplica, haciendo que el hemiciclo sobresalga mucho en planta con respecto a los colaterales. En las naves, observamos que el tramo inmediato al presbiterio es ligeramente más largo que los siguientes originando así un crucero que, sin embargo, no se acusa en alzado. El tramo inmediato a la fachada, donde hoy se encuentra el coro alto, de nuevo vuelve a ser más largo aunque sin llegar a la medida del del crucero. La puerta principal se abre en la fachada occidental aunque se encuentra ligeramente desplazada con respecto al eje longitudinal de la iglesia. En el muro sur se abría la puerta de los conversos, hoy tapiada, para comunicar la zona que les correspondía del monasterio adyacente con el espacio que se les reservaba, al oeste, en la iglesia. Distinta suerte corrió la puerta que, en el segundo tramo comunicaba con el claustro y que fue sustituida en el siglo XVI por otra moderna. Además, embebida por el grosor de los muros del ángulo suroccidental de la iglesia se situó una escalera de caracol para subir a la torre campanario.

Desde el exterior nos podemos hacer una idea de las dificultades que tuvieron los constructores para instalar la iglesia en un terreno con una fuerte inclinación norte-sur que obligó a realizar importantes trabajos de desmonte. La cabecera se asentó así sobre un alto basamento que sigue las líneas trazadas por los tres ábsides. El central, considerablemente más alto y ancho que los laterales, es en el que se hicieron los mayores esfuerzos constructivos y decorativos. El tambor, semicircular, se adosa a un gran tramo recto sobresaliente y se divide en tres calles separadas por columnas entregas. En el centro de cada calle se abre una ventana saetera con abocinamiento al exterior. Este núcleo central se completa con una arquivolta de medio punto formada por un baquetón angular y dos escocias que se animan con una serie de sencillos botones. Esta descansa sobre esbeltas columnas monolíticas acodilladas. Sobre ella, una chambrana en nacela que se decora con motivos vegetales y que descansa sobre una imposta, también en nacela, que se decora esta vez con rombos de escaso relieve y que recorre todo el tambor horizontalmente anillando incluso las columnas entregas. Estas nacen en basas áticas apoyadas en altos plintos prismáticos que se adosan al basamento y rematan en capiteles de temática vegetal, bajo la cornisa. Esta está formada por un alero de perfil en nacela donde volvemos a encontrar la misma decoración de rombos de la chambrana. Los canecillos, por su parte, son todos muy sencillos, la mayoría rematados en forma de proa o en cuarto de circunferencia. En los ábsides laterales las cualidades estéticas se concentran en la simplicidad de las líneas arquitectónicas. Solo el del norte resulta hoy visible ya que su

Ábsides

Muro norte

correspondiente del lado sur ha quedado embutido dentro de los muros del edificio del monasterio moderno. Su tambor semicircular, totalmente liso, se adosa a un corto tramo recto mediante un codillo aristado en la parte externa mientras que muere directamente contra el ábside central en el lado contrario. En el centro se abre una única ventana, también abocinada al exterior, que no tiene más decoración que la arquivolta aristada que la enmarca. La cornisa en nacela que corona el conjunto está también guarnecida de canecillos que imitan los diseños vistos en el principal.

El muro del hastial ha sido bastante modificado en época moderna, sobre todo con el fin de unificar la cota de los tejados de las naves. En la parte sur todavía se puede intuir, de hecho, la original diferencia de alturas que ha sido, sin embargo, eliminada en la parte norte. A juzgar por los desajustes en los sillares del piñón, sobre el ábside principal debió de existir un rosetón para iluminar directamente la nave principal. Este elemento, tan característico de esta tipología de iglesia abacial, fue eliminado y, en su lugar, se abrió una ventana rectangular. Sobre los ábsides colaterales, donde se suelen abrir sencillas saeteras, encontramos hoy dos anchos vanos, también fruto de las reformas modernas.

El muro de la colateral sur quedó totalmente oculto con la construcción del claustro y la sacristía modernos pero, en cambio, el norte se encuentra totalmente a la vista aunque muy reformado. A pesar del recrecimiento comentado conserva la primitiva estructura de cinco tramos separados por contrafuertes. En los tres últimos paños de muro todavía se conservan las sencillas saeteras rasgadas con simples arcos de medio punto para iluminar tenuemente la nave lateral.

Los muros superiores de la nave central, originalmente al exterior, quedan hoy cubiertos por el tejado, pero su primitiva estructura todavía es visible en los últimos tramos de las naves laterales que nunca fueron abovedados. Así, los cinco tramos se separarían también por contrafuertes que serían el resultado de la prolongación en altura de los pilares de separación entre las naves. En cada paño debió de existir una saetera para iluminar directamente la nave central, dato que se infiere a partir del vano de este tipo que todavía sobrevive en el tercero de los tramos. Todo el muro se remata con una cornisa en nacela lisa sostenida por canecillos cuyas formas se simplifican todavía más que en las partes bajas siendo la mayoría de los que quedan a la vista, con remate en proa.

La fachada principal, después de la cabecera, es el punto en el que se puso un mayor esfuerzo constructivo, compositivo y decorativo. Su articulación es una variante de la tradicional fachada de esta tipología de abacial en la que se traduce perfectamente la organización interior. Verticalmente, se divide en tres calles mediante dos grandes contrafuertes que reciben los empujes de los arcos formeros del interior, y horizontalmente, en dos cuerpos mediante una cornisa que, a modo de sencillo tornalluvias, marcaría el nivel del tejado del pórtico que se habría previsto para la parte baja de la fachada y cuya estructura lignea, hoy desaparecida, se apoyaría en los canzorros de perfil de cuarto de circunferencia que todavía jalonan la fachada. En la calle central, más ancha que las laterales, es donde se centró el mayor esfuerzo plástico. En su cuerpo bajo se abre la portada principal de la iglesia que está formada por tres arquivoltas apuntadas. La interior y la exterior son idénticas conformándose por medio de un baquetón liso escoltado en la rosca y en el intradós por dos escocias lisas. Por su parte, la arquivolta intermedia está completamente decorada con motivos vegetales de gran variedad. Todo este conjunto está guarnecido por una ancha chambrana decorada con plásticas cabezas de clavo. En las dos jambas, las arquivoltas descansan sobre columnas acodilladas de fustes monolíticos, basas de tipo ático y capiteles que presentan todos decoración vegetal, excepto uno en el que se reconocen dos aves. Sobre ellos los cimacios presentan una plástica combinación de molduras cóncavas y convexas que se prolonga, a modo de imposta, por los dos tramos de muro a ambos lados de la portada.

El cuerpo superior está presidido por un gran rosetón que, originalmente, inundaría de luz la nave principal. Sin embargo, las modificaciones ya comentadas le hicieron perder el protagonismo que tuvo. Está formado por tres anillos, de los cuales, el interno, ha perdido parte de las dovelas en la parte inferior. La composición general es muy cuidada buscándose las cualidades estéticas en la alternancia de motivos abstractos y naturales. Así, tras la rosca interna de molduras poco plásticas, encontramos otra en la que los juegos lumínicos se hacen más evidentes en las hojas dobladas que lo decoran y que son un motivo recurrente en los rosetones románicos. En este caso llama la atención la gran calidad y variedad de estas hojas realizadas con un estilo que busca el volumen y el claroscuro a través de formas intencionadamente angulosas. Entre la vegetación, este escultor, al que no se le reconocen más obras en la iglesia, esculpió una serie de cabezas humanas y animales como si de los márgenes de un manuscrito se tratase. Así, en la clave encontramos un rostro barbado de cuidados y proporcionados rasgos, y en los laterales vemos aparecer unas veces cabezas de felinos e incluso un prótomo de un cuadrúpedo que, por sus rasgos poco definidos, es difícil de identificar. A continuación, nos encontramos de nuevo con una rosca moldurada, centrada por un grueso baquetón angular y, finalmente, en la chambrana externa vuelve la plástica y menuda decoración vegetal.

En la calle norte debió de existir una puerta lateral que fue tapiada en fechas tempranas dado el desgaste que presentan los sillares que la sellan, que en poco se diferencian de los del resto de la fachada. En el cuerpo alto volvemos a encontrar un rosetón que, aunque tampoco conserva tracería, sí una desarrollada rosca formada por una plástica sucesión de molduras cóncavas, planas y convexas. La calle sur dispone también de un rosetón para iluminar el interior de la nave lateral pero su aspecto general, hoy muy alterado, debió de ser ya originariamente diferente al de la calle norte. De hecho, en este ángulo había sido prevista una torre campanario tal como encontramos en otros ejemplos de iglesias anteriores y contemporáneas de esta misma tipología. Testimonio de ello es el cuerpo bajo de la actual que, al menos hasta el nivel de la imposta, es de fábrica románica. Lo atestiguan así la estereotomía de los muros y la continuidad por ellos de elementos arquitectónicos como el tornalluvias o los resaltes escalonados, todos ellos coincidentes en altura con los de los contrafuertes de la calle central. Además, si recordamos, en este ángulo por la parte interior es donde se construyó la escalera de caracol para acceder al nivel de campanas. En el siglo XVII lo que se

Portada oeste

Capiteles de la portada oeste

hizo fue aprovechar este cuerpo bajo para alzar sobre él el nuevo campanario moderno.

La fachada remataría en la parte superior con un piñón a dos aguas que ocultaría, a modo de telón, la verdadera cubierta a dos niveles de las naves. Aunque se ha venido repitiendo en diversas ocasiones que los paños laterales tuvieron que haber sido elevados cuando se realizaron las bóvedas de las naves laterales, es decir, a principios del siglo XIX, lo cierto es que no se aprecia ningún tipo de alteración en el paramento de esta parte superior donde encontramos, de hecho, el mismo formato de sillares, y con el mismo tipo de erosión del resto de la fachada.

Por la parte interior de este muro, hoy visible desde el coro alto, bajo el actual tejado, se confirma esta suposición ya que, de nuevo, los sillares románicos continúan sus hiladas con normalidad apreciándose perfectamente la línea diagonal, excavada en ellos donde se encajaban las tejas de la antigua cubierta de la nave lateral.

Muro norte de la nave central oculto bajo la cubierta moderna

En general, la tendencia que encontramos en el exterior es de gran sobriedad, un rasgo que también se respira en el interior a pesar de las complejas bóvedas tardogóticas que hoy llaman nuestra atención. La cabecera, como veíamos en el exterior, está formada por tres ábsides, de los cuales el central es el que destaca por sus dimensiones. Se abre a la nave mediante un gran arco triunfal apuntado y doblado con perfiles en arista viva. A cada lado, dos columnas entregas con capiteles vegetales recogen el arco. El interior del presbiterio llama la atención por su amplitud, resultado de los dos tramos rectos a los que se adosa el tambor semicircular del ábside. Ambos se separan mediante un arco fajón que descansa sobre capiteles que, a su vez, apoyan sobre ménsulas de base decorada. Se distinguen también ambos tramos por su cubrición siendo la del primero de ellos una bóveda de crucería cuadripartita. Sus nervios, de perfiles baquetonados, descansan, por encima de las líneas de imposta de los muros, sobre sencillas ménsulas, una de las cuales se decora con formas vegetales. El tramo siguiente tiene una más tradicional bóveda de arista que da paso a la bóveda de horno del hemiciclo absidal. En este destacan las ventanas que simplifican su diseño con respecto al exterior al conformarse con una única arquivolta de perfil recto que enmarca el derrame interno.

Interior

Las capillas laterales repiten su arco de entrada doblado sobre columnas acodilladas y se cubren, el del sur, con bóveda de cañón apuntada y, el del norte, con bóveda de cañón. El tambor se une al tramo recto mediante un codillo aristado al ser ligeramente más estrecho. Las ventanas, situadas cada una de ellas en el centro del hemiciclo, enmarcan su derrame interno también son una sencilla arquivolta que descansa directamente sobre las jambas que, como el arco, tienen perfil en arista viva. En el muro de la capilla sur se abrió una credencia cubierta con arco de medio punto a paño con el muro y cuyo hueco llegaba hasta el suelo aunque hoy se encuentra tapiada la mayor parte de su parte baja.

El cuerpo de naves está conformado por una sucesión de cinco grandes arcos por cada lado. Son todos ellos doblados y ligeramente apuntados. Se levantan sobre pilares compuestos de núcleo prismático y columnas entregas que, en la nave central, han sido prácticamente eliminadas tras la construcción de las bóvedas, desapareciendo también con ellas los capiteles y los grandes arcos diafragma que sostendrían la cubierta original de madera. Donde sí se conservan es en las naves laterales donde observamos que se trata de arcos también apuntados que apoyan sobre capiteles a la misma altura que los arcos torales. Sobre ellos, un tramo de muro transversal recogería los empujes de la nave central y serviría de apoyo a la mencionada cubierta primitiva. La extrema sobriedad de los muros extremos de las colaterales, carentes incluso de imposta que las recorra, solo se ve rota por las ventanas que se abrían en cada uno de los tramos y de las que, como dijimos, solo quedan algunos ejemplos. Presentan un diseño muy sencillo basado en recursos puramente arquitectónicos con un derrame interno enmarcado por un arco de medio punto que, en algún caso, es ya ligeramente apuntado y que se voltea directamente sobre las jambas.

El capítulo de la escultura en San Clodio se reduce a la decoración de elementos arquitectónicos y se centra sobre todo en los capiteles, algunos cimacios, muy tímidamente en el exterior del ábside central y en la fachada principal. En el interior, los escultores mejor dotados fueron los encargados

Capitel del arco triunfal

Capitel del presbiterio de la capilla mayor

Capitel situado entre el arco triunfal y el ábside sur

Capitel derecho del ábside norte

Capiteles de las naves

de decorar la zona oriental de la iglesia ya que es donde se detectan los mejores ejemplos de capiteles que luego serán repetidos hasta la desnaturalización casi total por un segundo taller de menor calidad. Los modelos para la mayoría de ellos los encontramos en la iglesia del monasterio también cisterciense de Santa María de Melón. En algunos casos las concomitancias son tales que se ha hablado incluso de la presencia en el taller de San Clodio de maestros procedentes de esta casa cisterciense. Buen ejemplo de ello son más de media docena de capiteles decorados con hojas muy planas y pegadas al bloque. De las puntas de las que ocupan los ángulos de la cesta cuelgan otras hojas, esta vez con más volumen y generalmente muy estriadas. Es un modelo que se utilizó en el tramo recto de la capilla mayor de Melón y que en las naves de San Clodio puede adoptar diferentes variantes como la franja de unión de las hojas en la base del capitel que vemos, por ejemplo, en el machón que separa las capillas mayor y del evangelio y que, en el capitel contiguo, en el arco triunfal de esta última capilla colateral, se hace considerablemente más ancho. En la mayoría de los casos, como en el capitel del primer tramo de la nave norte, de las puntas de las grandes hojas cuelgan dos hojas simétricas de forma acaracolada, pero en otros –segundo tramo de la nave sur– es una única palmeta la que puede colgar de un botón y, en otras ocasiones –arco fajón oriental del presbiterio– tener remates rizados. En el arco triunfal de la capilla de la Epístola encontramos la versión simplificada de este tipo anterior, en el que simplemente se cubre el capitel con grandes hojas planas angulares entre las que surgen otras en segundo plano. En la misma línea de sencillez máxima se encuentran otros tres capiteles vegetales situados todos en las naves laterales y cuyo modelo está en la girola y en la capilla mayor de Melón. Son capiteles que se cubren íntegramente por una fila de agudas hojas muy planas que casi siempre nacen de una base común y que como en el situado en el tercer pilar norte se ha llegado a una desvirtualización tal que la base común de las hojas se ha convertido en un ancho anillo troncocónico del que salen unas irreconocibles hojas.

Más clarificador de esta íntima relación entre los talleres de San Clodio y Melón es el capitel derecho del arco triunfal de la capilla mayor, formado por un haz de tallos en forma de aspa en cada uno de sus tres lados. Es un tipo creado por el taller de Melón a partir de un modelo borgoñón utilizado por primera vez en Galicia en la cripta del Pórtico de la Gloria de la catedral de Santiago de Compostela. Este capitel, también muy utilizado por el taller de Santa María de Oseira, es un ejemplo no solo de la poderosa influencia de los edificios cistercienses en la Galicia rural sino también de la existencia de talleres de escultores itinerantes que proveen de modelos a los artistas locales. Este mismo tipo de capitel aparece, y también en las partes más orientales del edificio, en construcciones como San Pedro de Ramirás, Santa Mariña de Augas Santas, San Vicente de Pombeiro, Santa María de Xunqueira de Espadañedo y en la más próxima San Juan de Ribadavia.

En el capitel izquierdo de este mismo arco triunfal y en el machón que separa la capilla mayor de la de la epístola encontramos dos soberbios capiteles de hojas rizadas. Es un tipo muy difundido en la zona ourensana por los talleres de formación compostelana que trabajan, sobre todo, en el transepto de la catedral y en el gran centro irradiador que fue el monasterio de Oseira. En los dos capiteles que sostienen el arco fajón más occidental del presbiterio se labraron sendas parejas de sirenas-pájaro que siguen también, aunque con una factura más torpe, los modelos de estos talleres para los que este tema fue particularmente querido. De hecho, en la composición se reconocen algunos de sus estilemas como la posición afrontada de los híbridos o la forzada doblez de sus cuellos para situar las cabezas sobre las colas y adaptarse así al complicado espacio de la cesta del capitel.

También muy utilizado por el taller de Oseira es el tipo de capitel de hojas que se doblan en sus puntas para albergar bolas y del que se conservan tres ejemplos en los pilares que sostienen los arcos torales de las naves. En el más oriental encontramos también el tipo en el que las hojas rematan en unas potentes volutas acaracoladas en forma de tallos vegetales.

Capiteles de las naves

Aunque con una calidad bastante relativa, uno de los escultores de este taller imita en un capitel del tercer pilar de esta panda sur el modelo ursariense de capitel con cinco palmetas en la parte superior que aparecen rodeadas, cada una de ellas, por un tallo que se prolonga hacia la parte baja de la cesta enrollándose en sí mismo.

Los escultores que podríamos denominar "locales" imitan estas obras con un estilo más burdo y carente de maestría hasta el punto de hacerlos casi irreconocibles. Sus obras se sitúan, sobre todo, sosteniendo los arcos torales y diafragma más occidentales, es decir, los últimos en ser volteados. Esto demostraría, como sucede en otras construcciones coetáneas, que una vez que el grueso del edificio estuvo levantado el taller principal lo abandonó dejando la finalización en manos de maestros de segunda categoría. Buena prueba de ello es la repetición con un lenguaje más tosco del capitel con hojas en aspa del arco triunfal que uno de estos escultores talla en el último tramo de la nave central. Uno de ellos se atreve también con el tema de las sirenas-pájaro afrontadas que, como vimos, también aparecían en el presbiterio pero estas resultan desproporcionadas y con unos rasgos apenas insinuados. El mismo taller se vuelve a adentrar, aunque con los mismos pobres resultados, en el tema teriomórfico en otros dos capiteles, uno con el tema de las dos aves bebiendo de un apenas irreconocible cáliz y el otro con lo que parecen dos garzas o cigüeñas –a juzgar por sus largas patas– que escoltan un tallo vegetal entrelazado que se labró en la cara frontal de la cesta. Aportación de este taller son también ciertos motivos decorativos como el empleo de rombos en la cornisa del ábside central, un tema muy repetido en la comarca de O Ribeiro, donde lo encontramos, por ejemplo, en el ábside de la iglesia de San Juan de Rivadavia.

En general la iglesia abacial de San Clodio es un buen ejemplo de la perduración de las formulas del románico pleno en la Galicia rural. Hemos visto como, arquitectónicamente, es una construcción anclada en la más pura tradición. El tipo de planta, los volúmenes perfectamente articulados por yuxtaposición y las proporciones son testimonio de ello. Al

mismo tiempo no deja de ser un testimonio de este momento de transición hacia el nuevo espíritu gótico que tímidamente se empieza a entrever en varios detalles de la construcción y la decoración como la amplitud de la capilla mayor, los arcos apuntados de gran luz utilizados en las naves, la gran importancia otorgada a los rosetones, las arquivoltas apuntadas de la portada occidental e incluso algún capitel de esta misma portada o del interior en los que se esculpen hojas que imitan modelos naturales y con una disposición que rompe con las estereotipadas composiciones románicas.

Al hablar de la escultura del templo ya se anunció la gran dependencia del obrador de San Clodio con respecto a Santa María de Melón, una iglesia que se debió de comenzar en los años setenta del siglo XII. De ella se toman muchos detalles como el tipo de credencia con arco de medio punto, los canecillos en proa en las cornisas, los cimacios de los capiteles moldurados con la misma sucesión de toros y escocias, las ménsulas con columna de un solo tambor, o el tipo de arranque de los nervios de la bóveda de crucería de la capilla mayor. La molduración de estos nervios, sin embargo, procede del gran centro de irradiación artística que fue el monasterio de Oseira, de donde también debe de provenir la idea de abrir ventanas en el muro superior de la nave central para iluminarla directamente.

Texto y fotos: VNF - Planos: ALA

Bibliografía

CASTILLO LÓPEZ, Á del., 1987, pp. 528-529; CID RODRÍGUEZ, C., 1919, pp. 127-128; D'EMILIO, J., 1997, pp. 549-551; D'EMILIO, J., 2004, pp. 326-327; FERNÁNDEZ GONZÁLEZ, F., 2004, pp. 263-266; FERNÁNDEZ GONZÁLEZ, F., pp. 97-99; FREIRE CAMANIEL, J., 1998, II, pp. 875-877; GARCÍA LAMAS, M. A., 2006/2007, pp. 51-53; GOY DIZ, A., 2005, pp. 15-29, 33-53; LUCAS ÁLVAREZ, M., 1996, pp. 7, 33-38; LUCAS ÁLVAREZ, M., 2000, I, pp. 225-244; MARCOS DE VEGA, L. J., 2013, pp. 121, 127-128, 136-140; PÉREZ RODRÍGUEZ, F. J., 2008, pp. 217-219; SÁ BRAVO, H., 1972, II, pp. 143-156; SEOANE, P., 2003, pp. 121-132; VALLE PÉREZ, J. C., 1974, pp. 198-201; VALLE PÉREZ, J. C., 1982, I. pp. 214, 226-229; YÁÑEZ NEIRA, D., 1974, p. 198.